



BIBLIOTECA

PQ6324

D2

1883

18888

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"FELIX REYES"  
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

En la venta del Molinillo, que está puesta en los fines de los famosos campos de Alcudia, como vamos de Castilla á la Andalucía, un dia de los calorosos del verano se hallaron en alla acaso dos muchanos de hasta edad de catorce á quince años el uno, y el otro no pasaba de diez y siete: ambos de buena gracia, pero muy descosidos, rotos y maltratados. Capa no la tenían; los calzones eran de lienzo, y las medias de carne; bien es verdad que lo enmendaban los zapatos, porque los del uno eran alpargates tan traídos como llevados, y los del otro picados y sin suelas, de manera que más le servían de cormas que de zapatos: traía el uno montera verde de cazador, el otro un sombrero sin toquilla, bajo de copa y ancho de falda: á la espalda, y ceñida por los pechos, traía una camisa de color de camuza, encerrada y recogida toda en una manga; el otro venia

escueto y sin alforjas, puesto que en el seno se le parecia un gran bulto, que á lo que despues pareció, era un cuello de los que llaman valonas almidonadas, almidonado con grasa, y tan deshilado de roto, que todo parecia hilachas: venian en él envueltos y guardados unos naipes de figura ovada, porque de ejercitarlos, seles habian gastado las puntas, y porque durasen más, se las cercenaron y los dejaron de aquel talle: estaban los dos quemados del sol, las uñas caireladas, y las manos no muy limpias: el uno tenia una media espada, y el otro un cuchillo de cachas amarillas, que los suelen llamar vaqueros: saliéronse los dos á sestear en un portal ó cobertizo que delante de la venta se hace, y sentándose frontero el uno del otro, el que parecia de más edad dijo al más pequeño: ¿De qué tierra es vuesa merced, señor gentilhombre, y para dónde bueno camina? Mi tierra, señor caballero, respondió el preguntado, no la sé, ni para dónde camino tampoco. Pues en verdad, dijo el mayor, que no parece vuesa merced del cielo, y que éste no es lugar para hacer su asiento en él, que por fuerza se ha de pasar adelante. Así es, respondió el mediano; pero yo he dicho verdad en lo que he dicho, porque mi tierra no es mia, pues no tengo en ella más de un padre que no me tiene por hijo, y una madrastra que me trata co-

mo alnado : el camino que llevo es á la ventura, y allí le daria fin donde hallase quien me diese lo necesario para pasar esta miserable vida. Y ¿sabe vuesa merced algun officio? preguntó el grande; y el menor respondió No sé otro sino que corro como una liebre, y salto como un gamo, y corto de tijera muy delicadamente. Todo eso es muy bueno, útil y provechoso, dijo el grande, porque habrá sacristan que le dé á vuesa merced la ofrenda de Todos Santos, porque para el Jueves Santo le corte fiórones de papel para el monumento. No es mi corte dessa manera, respondió el menor, sino que mi padre, por la misericordia del cielo, es sastró y calcetero, y me enseñó á cortar antiparas, que como vuesa merced bien sabe, son medias calzas con avampiés, que por su propio nombre se suelen llamar polainas; y cortolas tan bien, que en verdad que me podria examinar de maestro, sino que la corta suerte me tiene arrinconado. Todo eso y más acontece por los buenos, respondió el grande, y siempre he oido decir que las buenas habilidades son las más perdidas; pero áun edad tiene vuesa merced para encomendar su ventura; mas si yo no me engaño y el ojo no me miente, otras gracias tiene vuesa merced secretas, y no las quiere manifestar. Si tengo, respondió el pequeño; pero no son para en público, como vuesa

merced ha muy bien apuntado. A lo cual replicó el grande : Pues yo le sé decir que soy uno de los más secretos mozos que en grande parte se pueden hallar, y para obligar á vuesa merced qué descubra su pecho y descanse conmigo, le quiero obligar con descubrirle el mio primero, porque imagino que no sin misterio nos ha juntado aquí la suerte, y pienso que habemos de ser, deste hasta el ultimo dia de nuestra vida, verdaderos amigos. Yo, señor hidalgo, soy natural de la Fuenfrida, lugar conocido y famoso por los ilustres pasajeros que por él de continuo pasan; mi nombre es Pedro del Rincón, mi padre es persona de calidad, porque es ministro de la Santa Cruzada, quiero decir, que es bulero ó buldero, como los llama el vulgo; algunos dias le acompañé en el oficio y le aprendi de manera, que no daría ventaja en echar las bulas al que más presumiese en ello; pero habiéndome una dia ficionado más al dinero de las bulas que á las mismas bulas, me abracé con un talego, y di conmigo y con él en Madrid, donde con las comodidades que allí de ordinario se ofrecen, en pocos dias saqué las entrañas al talego, y le dejé con más dobleces que pañizuelo de desposado; vino el que tenia á cargo el dinero tras mí, prendiéronme, tuve poco favor, aunque viendo aquellos señores mi poca edad se contentaron con que me arrimases al aldabilla

y me mosqueasen las espaldas por un rato, y con que saliese desterrado por cuatro años de la córte: tuve paciencia, encogí los hombros, sufrí la tanda y mosqueo, y salí á cumplir mi destino con tanta priesa, que no tuve lugar de buscar cabalgaduras: tomé de mis alhajas las que puede y las que me parecieron mas necesarias, y entre ellas saqué estos naipes (y á este tiempo descubrió los que se han dicho, que en el cuello traia), con los cuales he ganado mi vida por los mesones y ventas que hay desde Madrid aquí, jugando á la veintiuna; y aunque vuesa merced los ve tan astrosos y maltratados, usan de una maravillosa virtud con quien los entiende, que no alzará que no quede un as debajo, y si vuesa merced es versado en este juego, verá cuánta ventaja lleva el que sabe que tiene cierto un as á la primera carta, que le puede servir de un punto y de once; que con esta ventaja, siendo la veintiuna envidada, el dinero se queda en casa; fuera desto aprendi de un cocinero de un embajador ciertas tretas de quinolas y del parar, á quien tambien llaman el andaboba; que así como vuesa merced se puede examinar en la córte de sus antiparas, así puedo yo ser maestro en la ciencia villanesca: con esto voy seguro de no morir de hambre, porque aunque llegue á un cortijo, hay quien quiera capar tiempo jugando un rato, y desto he-

mos de hacer luégo la experiencia los dos : armemos la red, y veamos si cae algun pájaro destes arrieros que aquí hay, quiero decir, que juguemos los dos á la veintiuna como si fuese de veras, que si alguno quisiere ser tercero, él será el primero que deje la pecunia. Sea en buena hora, dijo el otro, y en merced muy grande tengo la que vuesa merced me ha hecho en darme cuenta de su vida, con que me ha obligado á que yo no le encubra la mia, que diciéndola mas breve, es ésta : Yo nací en el Pedroso, lugar puesto entre Salamanca y Medina del Campo : mi padre es sastre, enseñóme su oficio, y de corte de tijera con mi buen ingenio salté á cortar bolsas : enfadóme la vida estrecha de la aldea y el desamorado trato de mi madrastra : dejé mi pueblo, vine á Toledo á ejercitar mi oficio, y en él he hecho maravillas ; porque no pende relicario de toca, ni hay faldriquera tan escondida entre mis dedos ne visiten, ni mis tijeras no corten, aunque le estén guardando con los ojos de Argos : y en cuatro meses que estuve en aquella ciudad, nunca fuí cogido entre puertas, ni sobresaltado ni corrido de corchetes, ni soplado de ningun cañuto ; bien es verdad que habrá ocho dias que una espia doble dió noticia de mi habilidad al corregidor, el cual, aficionado á mis buenas partes, quisiera verme ; mas yo que por ser humilde no quiero tratar con

personas tan graves, procuré de no verme con él, y así salí de la ciudad con tanta priesa que no tuve lugar de acomodarme de cabaladuras, ni blancas, ni de algun coche de retorno, ó por lo ménos de un carro. Eso se borre, dijo Rincon, y pues ya nos conocemos, no hay para qué aquesas grandezas ni altiveces ; confesemos llanamente que ne tenemos blanca ni áun zapatos. Sea así, respondió Diego Cortado (que así dijo el menor que se llamaba), y pues nuestra amistad, como vuesa merced, señor Rincon, ha dicho, ha de ser perpétua, comencémosla con santas y loables ceremonias : y levantándose Diego Cortado abrazó á Rincon, y Rincon á él tierna y estrechamente, y luégo se pusieron los dos á jugar á la veintiuna con los ya referidos naipes, limpios de polvo y de paja, mas no de grasa y malicia : y á pocas manos alzaba tambien por el as Cortado, como Rincon su maestro. Salió en esto un arriero á refrescarse al portal, y pidió que queria hacer tercio : acogieronle de buena gana, y en ménos de media hora le ganaron doce reales y veinte y dos maravedises, que fué darle doce lanzadas y veinte y dos mil pesadumbres ; y creyendo el arriero que por ser muchachos no se lo defenderian, quiso quitarles el dinero ; mas ellos, poniendo el uno mano á su media espada, y el otro al de las cachas amarillas,

le dieron tanto que hacer, que á no salir sus compañeros, sin duda lo pasara harto mal. A esta sazón pasaron acasa por el camino una tropa de caminantes á caballo, que iban á sestar á la venta del Alcalde, que está media legua más adelante, los cuales viendo la pendencia del arriero con los dos muchachos, los apaciguaron y les dijeron que si acaso iban á Sevilla que se vienesen con ellos. Allá vamos, dijo Rincon, y serviremos á vuestras mercedes en todo cuanto nos mandaren: y sin más detenerse saltaron delante de las mulas, y se fueron con ellos, dejando al arriero agraviado y enojado, y á la ventera admirada de la buena crianza de los pícaros, que les había estado oyando su plática, sin que ellos advirtiesen en ello; y cuando dijo al arriero que les había oído decir que los naipes que traían eran falsos, se pelaba las barbas, y quería ir á la venta tras ellos á cobrar su hacienda, porque decía que era grandísima afrenta y caso de ménos valer, que dos muchachos hubiesen engañado á un hombrazo tan grande como él: sus compañeros le detuvieron y aconsejaron que no fuese, siquiera por no publicar su inhabilidad y simpleza. En fin, tales razones le dijeron, que aunque no le consolaron, le obligaron á quedarse.

En esto Cortado y Ricon se dieron tan buena maña en servir á los caminantes, que

lo más del camino los llevaban á las ancas; y aunque se les ofrecían algunas ocasiones de tentar las balijas de sus medios amos, no las admitieron por no perder la ocasión tan buena del viage de Sevilla, donde ellos tenían grande deseo de verse: con todo esto á la entrada de la ciudad, que fué á la oración y por la puerta de la Aduana á causa del registro y almojarifazgo que se paga, no se pudo contener Cortado de no cortar la balija ó maleta que á las ancas traía un frances de la camarada, y así con el de sus cachas le dió tan larga y profunda herida, que se parecían patentemente las entrañas, y sutilmente le sacó dos camisas buenas, un reloj de sol y un libro de memoria, cosas que cuando las vieron, no les dieron mucho gusto; y pensando que pues el frances llevaba á las ancas aquella maleta, no la había de haber ocupado con tan poco peso como era el que tenían aquellas preseas, quisieran volver á darle otro tiento; pero no lo hicieron, imaginando que ya lo habrían echado ménos, y puesto en recaudo lo que quedaba. Habíanse despedido ántes que el salto hiciesen, de los que hasta allí los habían sustentado; y otro día vendieron las camisas en el malbaratillo que se hace fuera de la puerta del Arenal, y dellas hicieron veinte reales. Hecho esto se fueron á ver la ciudad, y admiróles la grandeza y suntuosidad de

su mayor iglesia, el gran concurso de gente delirio, porque era en tiempo de cargazon de flota, y habia en él seis galeras, cuya vista les hizo suspirar y áun temer el dia que sus culpas les habian de traer á morar en ellas de por vida; echaron de ver los muchos muchachos de la esportilla que por allí andaban; informáronse de uno de ellos qué oficio era aquél, y si era de mucho trabajo y de qué ganancia. Un muchacho asturiano, que fué á quien hicieron la pregunta, respondió que el oficio era descansado, y de que no se pagaba alcabala, y que algunos dias salia con cinco y con seis reales de ganancia, con que comia y bebia, y triunfaba como cuerpo de rey, libre de buscar amo á quien dar fianzas, y seguro de comer á la hora que quisiese, pues á todas lo hallaba en el más mínimo bodegon de toda la ciudad, en la cual habia tantos y tan buenos. No les pareció mal á los dos amigos la relacion del asturianillo, ni les descontentó el oficio, por parecerles que venia como de molde para poder usar el suyo con cubierta y seguridad, por la comodidad que ofrecia de entrar en todas las casas; y luego determinaron de comprar los instrumentos necesarios para usalle, pues lo podian usar sin exámen: y preguntándole al asturiano qué habian de comprar, les respondió que sendos costales pequeños, limpios, ó nuevos, y

cada uno tres espuelas de palma, dos grandes y una pequeña, en las cuales se repartia la carne, pescado y fruta, en el costal el pan, y él los guió donde le vendian, y ellos del dinero de la galima del frances lo compraron todo; y dentro de dos horas pudieran estar graduados en el nuevo oficio segun les ensayaban las esportillas, y asentaban los costales; avisóles su adalid de los puestos donde habian de acudir: por las mañanas á la Carnicería y á la plaza de San Salvador, los dias de pescado á la Pescadería y á la Costanilla, todas las tardes al rio, los juéves á la feria. †

† Toda esta leccion tomaron bien de memoria, y otro dia bien de mañana se plantaron en la plaza de San Salvador, y apenas hubieron llegado, cuando los rodearon otros mozos del oficio, que por le flamante de los costales y espuelas vieron ser nuevos en la plaza; hiciéronles mil preguntas, y á todas respondian con discrecion y mesura; en esto llegaron un medio estudiante y un soldado, y convidados de la limpieza de las espuelas de los dos novatos, el que parecia estudiante llamó á Cortado, y el soldado á Rincon. En nombre sea de Dios, dijeron ambos. Para bien se comience el oficio, dijo Rincon, que vuesa merced me estrena, señor mio. A lo cual respondió el soldado: la estrena no será ma

a, porque estoy de ganancia, y soy enamorado, y tengo de hacer hoy banquete á unas amigas de mi señora. Pues cargues vuesa merced á su gusto, que ánimo tengo y fuerzas para llevarme toda esta plaza, y áun si fuere menester que ayude á guisallo, lo haré de muy buena voluntad. Contentóse el soldado de la buena grazia del mozo, y dijole que si queria servir, que él le sacaria de aquel abatido oficio; á lo cual respondió Rincon que por ser aquél el dia primero que le usaba, no le queria dejar tan presto hasta ver á lo ménos lo que tenia de malo ó bueno; y cuando no le contentase, él daba su palabra de servirle á él, y ántes que á un canónigo; rióse el soldado, cargóle muy bien, mostróle la casa de su dama para que la supiese de allí adelante, y él no tuviese neeesidad, cuando otra vez le enviase, de acompañarle. Rincon prometió fidelidad y buen trato; dióle el soldado tres cuartos, y en un vuelo volvió á la plaza por no perder coyuntura; porque tambien desta diligencia les advirtió el asturiano, y de que cuando llevasen pescado menudo, conviene á saber, albuces ó sardinas, é aecdias, bien podian tomar algunas y hacerlas la salva, siquiera para el gasto de aquel dia: pero que esto habia de ser con toda sagacidad y advertimiento, porque no se perdióse el crédito, que era lo que más importaba en

aquel ejercicio. Por presto que volvió Rincon, ya halló en el mismo puesto á Cortado. Llegóse Cortado á Rincon, y preguntóle que cómo le habia ido. Rincon abrió la mano, y mostróle los tres cuartos. Cortado entró la suya en el seno, y sacó una bolsilla que mostraba haber sido de ámbar en los pasados tiempos; venía algo hinchada, y dijo: con ésta me pagó su reverencia del estudiante y con dos cuartos más; tomadla vos, Rincon, por lo que puede suceder: y habiéndosela ya dado secretamente, veis aquí do vuelve el estudiante trasudando y turbado de muerte, y viendo á Cortado, le dijo si acaso habia visto una bolsa de tales y tales señas, que con quince escudos de oro en oro, y con tres reales de á dos, y tantos maravedis en cuartos y en ochavos le faltaba, y que le dijese si la habia tomado en el entre tanto que con él habia andado comprando. A lo cual con extraño disimulo, sin alterarse ni mudarse en nada, respondió Cortado: Lo que yo sabré decir desa bolsa es que no debe de estar perdida, si ya no es que vuesa merced la puso á mal recaudo. Eso es ello, pecador de mí, respondió el estudiante, que la debí de poner á mal recaudo, pues me la hurtaron. Lo mismo digo yo, dijo Cortado; pero para todo hay remedio, si no es para la muerte, y el que vuesa merced podrá to-

mar es lo primero y principal tener paciencia, que de ménos nos hizo Dios, y un día viene tras otro día, y donde las dan las toman, y podría ser que con el tiempo el que llevé la bolsa se viniese á arrepentir, y se la volviese á vuestra merced sahumada. El sahumero le perdonaríamos, respondió el estudiante, y Cortado prosiguió diciendo: Quanto más que cartas de descomunion hay paulinas, y buena diligencia, que es madre de la buenaventura, aunque á la verdad no quisiera yo ser el llevador de la bolsa, porque si es que vuesa merced tiene alguna orden sacra, parecermeia á mí que habia cometido algun grande incesto ó sacrilegio. Y ¿cómo que ha cometido sacrilegio? dijo á esto adolorido el estudiante; que puesto caso que yo no soy sacerdote, sino sacristan de unas monjas, el dinero de la bolsa era del tercio de una capellanía que me dió á cobrar un sacerdote amigo mio, y es dinero sagrado y bendito. Con su pan se lo coma, dijo Rincon á este punto; no le arriendo la ganancia, día de juicio hay donde todo saldrá, como dicen, en la colada, y entónces se verá quién fué Callejasl y el atrevido que se atrevió á tomar, hurtar y menoscabar el tercio de la capellanía: y ¿cuánto renta cada año, dígame, señor sacristan, por su vida? Renta la puta que me parió; y ¡estoy yo agora para

decir lo que renta! respondió el sacristan con algun tanto de demasiada cólera: decidme, hermano, si sabeis algo, si no quedad con Dios, que yo la quiero hacer pregonar. No me parece mal remedio ése, dijo Cortado; pero advierta vuesa merced no se le olviden las señas de la bolsa, ni la cantidad puntualmente del dinero que va en ella, que si yerra en un ardite, no parecerá en días del mundo, y esto le doy por hado. No hay que temer deso, respondió el sacristan, que lo tengo más en la memoria que el tocar de las campanas: no me erraré en un átomo; sacó en esto de la faldriquera un pañuelo randado para limpiarse el sudor que llovía de su rostro como de alquitara; y apenas le hubo visto Cortado, cuando le marcó por suyo, y habiéndose ido el sacristan, Cortado le siguió y le alcanzó en las gradas, donde le llamó y le retiró á una parte, y allí le comenzó á decir tantos disparates al modo de lo que llaman Bernardinas, cerca del hurto y hallazgo de su bolsa, dándole buenas esperanzas, sin concluir jamás razon que comenzase, que el pobre sacristan estaba embelesado escuchándole; y como no acababa de entender lo que le decia, hacia que le repitiese la razon dos y tres veces. Estábale mirando Cortado á la cara atentamente, y no quitaba los ojos de sus ojos: el



sacristan le miraba de la misma manera, estando colgado de sus palabras : este tan grande embelesamiento dió lugar á Cortado que concluyese su obra, y sutilmente le sacó el pañuelo de la faldriquera, y despidiéndose dél, le dijo que á la tarde procurase de verle en aquel mismo lugar, porque él traía entre ojos que un muchacho de su mismo oficio y de su mismo tamaño, que era algo ladroncillo, le habia tomado la bolsa, y que él se obligaba á saberlo dentro de pocos ó de muchos dias. Con esto se consoló algo el sacristan, y se despidió de Cortado, el cual se vino donde estaba Rincon, que todo lo habia visto un poco apartado dél, y más abajo estaba otro mozo de la esportilla que vió todo lo que habia pasado, y cómo Cortado daba el pañuelo á Rincon; y llegándose á ellos les dijo : Díganme, señores galanes, ¿voacedes son de mala entrada, ó no? No entendemos esa razon, señor galan, respondió Rincon. ¿Qué, no entrevan, señores murcios? respondió el otro. No somos de Teba ni de Murcia, dijo Cortado; si otra cosa quiere, dígala; si no, váyase con Dios. ¿No lo entienden? dijo el mozo; pues yo se lo daré á entender (y á beber con una cuchara de plata : quiero decir, señores, ¿si son vuestras mercedes ladrones? Mas no sé para qué les pregunte esto, pues sé ya que lo son :

mas díganme : ¿cómo no han ido á la aduana del señor Monipodio? ¿Págase en esta tierra almojarifazgo de ladrones, señor galan? dijo Rincon. Si no se paga, respondió el mozo, á lo ménos registranse ante el señor Monipodio, que es su padre, su maestro y su amparo; y así les aconsejo que vengan conmigo á darle la obediencia, ó si no, no se atreven á hurtar sin su señal, que les costará caro. Yo pensé, dijo Cortado, que el hurtar era oficio libre, horro de pecho y alcabala, y que sí se paga es por junto, dando por fiadores á la garganta y á las espaldas; pero pues así es, y en cada tierra hay su uso, guardemos nosotros el desta, que por ser la más principal del mundo, será el más acertado de todo él; y así puede vuesa merced guiarnos donde está ese caballero que dice, que ya yo tengo barruntos, segun lo que he oido decir, que es muy calificado y generoso, y ademas hábil en el oficio. Y ¿cómo que es calificado, hábil y suficiente? respondió el mozo : esto tanto, que en cuatro años que há que tiene el eargo de ser nuestro mayor y padre, no han padecido sino cuatro en el finibusterre, y obra de treinta embesados, y de sesenta y dos en gurapas. En verdad, señor, dijo Rincon, que así entendemos esos nombres como volar. Comencemos á andar, que yo los iré declarando por el ca-

mino, respondió el mozo, con otros algunos que así las conviene saberlos como el pan de la boca; y así les fué diciendo y declarando otros nombres, de los que ellos llaman germanescos ó de la germania, en el discurso de su plática, que no fué corta, porque el camino era largo, en el cual dijo Rincon á su guia: ¿Es vuesa merced por ventura ladron? Sí, respondió él, para servir á Dios y á la buena gente, aunque no de los muy cursados, que todavía estoy en el año del noviciado. A la cual respondió Cortado: Cosa nueva es para mí que haya ladrones en el mundo para servir á Dios y á la buena gente. A lo cual respondió el mozo: Señor, yo no me meto en teologías; lo que sé es que cada uno en su oficio puede alabar á Dios, y más con la órden que tiene dada Monipodio á todos sus ahijados. Sin duda, dijo Rincon, debe de ser buena y santa, pues hace que los ladrones sirvan á Dios. Es tan santa y buena, replico el mozo, que no sé yo si se podrá mejorar en nuestro arte. Él tiene ordenado que de lo que hurtáremos demos alguna cosa ó limosna para el aceite de la lámpara de una imágen muy devota que está en esta ciudad, y en verdad que hemos visto grandes cosas por esta buena obra; porque los dias pasados dieron tres ánsias á un cuatrero que habia murciado dos roznos, y con es-

tar flaco y cuartanario, así los sufrió sin cantar, como si fueran nada; y esto atribuímos los del arte á su buena devocion, porque sus fuerzas no eran bastantes para sufrir el primer desconcierto del verdugo: y porque sé que me han de preguntar algunos vocablos de los que he dicho, quiero curarme en salud y decirselo ántes que me lo pregunten: sepan voacedes que cuatrero es ladron de bestias, ánsias es el tormento, roznos los asnos, hablando con perdon; primer desconcierto es las primeras vueltas de cordel que da el verdugo: tenemos más, que rezamos nuestro rosario repartido en toda la semana, y algunos de nosotros no hurtamos el dia del viérnes, ni tenemos conversacion con mujer que se llame María el dia del sábado. De perlas me parece todo eso, dijo Cortado; pero dígame vuesa merced: ¿hácese otra restitution ó otra penitencia más de la dicha? En eso de restituir no hay que hablar, respondió el mozo, porque es cosa imposible por los muchas partes en que se divide lo hurtado, llevando cada uno de los ministros y contrayentes la suya, y así el primer hurtador no puede restituir nada; cuanto más que no hay quien nos mande hacer esta diligencia á causa que nunca nos confesamos, y si sacan cartas de descomunión, jamas llegan á nuestra noticia, por-

que jamas vamos á la iglesia al tiempo que se leen, sino es los dias de jubileo, por la ganancia que nos ofrece el concurso de la mucha gente. ¿Y con sólo eso que hacen, dicen esos señores, dijo Cortado, que su vida es santa y buena? Pues ¿qué tiene de mala? replicó el mozo: ¿no es peor ser hereje, ó renegado, ó matar á su padre y madre, ó ser solomico? Sodomita querrá decir vuesa merced, respondió Rincon. Eso digo, dijo el mozo. Todo es malo, replicó Cortado; pero pues nuestra suerte ha quedado que entremos en esta cofradía, vuesa merced alargue el paso, que muero por verme con el señor Monipodio, de quien tantas virtudes se cuentan. Presto se les cumplirá su deseo, dijo el mozo, que ya desde aquí se descubre su casa: vuestas mercedes se queden á la puerta, que yo entraré á ver si está desocupado, porque éstas son las horas cuando él suele dar audiencia. En buena sea, dijo Rincon, y adelantándose un poco el mozo, entró en una casa, no muy buena, sino de muy mala apariencia, y los dos se quedaron esperando á la puerta: él salió luégo y los llamó, y ellos entraron, y su guía les mandó esperar en un pequeño patio ladrillado, que de puro limpio y aljofifado parecía que vertía carmin de lo más fino: al un lado estaba un banco de tres piés, y al otro un cántaro

desbocado, con un jarrillo encima no ménos fulto que el cántaro; á otra parte estaba una estera de enea, y en el medio un tiesto, que en Sevilla llaman maceta de albahaca. Miraban los mozos atentamente las alhajas de la casa, en tanto que bajaba el señor Monipodio, y viendo que tardaba, se atrevió Rincon á entrar en una sala baja de los pequeñas que en el patio estaban, y vió en ella dos espadas de esgrima y dos broqueles de corcho pendientes de cuatro clavos, y una arca grande sin tapa ni cosa que la cubriese, y otras tres esteras de enea tendidas por el suelo; en la pared frontera estaba pegada á la pared una imagen de Nuestra Señora, destas de mala estampa, y más abajo pendia una esportilla de palma, y encajada en la pared una almofia blanca, por donde cogió Rincon que la esportilla servía de cepo para limosna, y la almofia de tener agua bendita; y así era la verdad. Estando en esto entraron en la casa dos mozos de hasta veinte años cada uno, vestidos de estudiantes, y de allí á poco dos de la esportilla y un ciego, y sin hablar palabra ninguna, se comenzaron á pasear por el patio: no tardó mucho cuando entraron dos viejos de bayeta con anteojos que los hacian graves y dignos de ser respetados, con sendos rosarios de sonadoras cuentas en las manos; tras ellos

entró una vieja halduda, y sin decir nada se fué á la sala, y habiendo tomado agua bendita con grandísima devoción, se puso de rodillas ante la imágen, y al cabo de una buena pieza, habiendo primero besado tres veces el suelo, y levantado los brazos y los ojos al cielo otras tantas, se levantó y echó su limosna en la esportilla, y se salió con los demas al patio. En resolución en poco espacio se juntaron en el patio nasta catorce personas de diferentes trajes y oficios; llegaron tambien de los postreros dos bravos y bizarros mozos, de bigotes largos, sombreros de grande falda, cuellos á la valona, medias de color, ligas de gran balumba, espadas de más de marca, sendos pistoletes cada uno en lugar de dagas, y su broqueles pendientes de la pretina; los cuales, así como entraron, pusieron los ojos al traves en Rincon y Cortado á modo de que los extrañaban y no conocian, y llegándose á ellos les preguntaron si eran de la cofradía. Rincon respondió que sí, y muy servidores de sus mercedes.

Llegóse en esto la sazón y punto en que bajó el señor Monipodio, tan esperado como bien visto de toda aquella virtuosa compañía: parecia de edad de cuarenta y cinco á cuarenta y seis años, alto de cuerpo, moreno de rostro, cejijunto, barbina-

gro y muy espeso, los ojos hundidos: venia en camisa, y por la abertura de delante descubria un bosque, tanto era el vello que tenia en el pecho: traía cubierta una capa de bayeta casi hasta los piés, en los cuales traía unos zapatos enchancletados; cubrianle las piernas unos zaragüelles de lienzo anchos y largos hasta los tobillos; el sombrero era de los de la ampa, campanudo de copa y tendido de falda; atravesábale un tahali por espalda y pechos, á do colgaba una espada ancha y corta á modo de las del perrillo; las manos eran cortas y pelosas, los dedos gordos, y las uñas hembras y remachadas; las piernas no se le parecian, pero los pés eran descomunales de anchos y juanetudos. En efecto, él representaba el más rustico y disforme bárbaro del mundo. Bajó con él la guía de los dos, y trabádoles de las manos, los presentó antes Monipodio, diciendo: Estos son los dos buenos mancebos que á vuesa merced dije, mi señor Monipodio; vuesa merced los desamine y verá cómo son dignos de entrar en nuestra congregacion. Eso haré yo, de muy buena gana, respondió Monipodio. Olvidábaseme de decir que así como Monipodio bajó, al punto todos los que aguardándole estaban le hicieron una profunda y larga reverencia, excepto los dos bravos, que á medio mogate, como en-

tre ellos se dice, le quitaron los capelos, y luégo volvieron á su paseo. Por una parte del patio y por la otra se paseaba. Monipodio, el cual preguntó á los nuevos el ejercicio, la patria y padres. A lo cual Rincon respondió : El ejercicio ya está dicho, pues venimos ante vuestra merced; la patria no me parece de mucha importancia decirla, ni los padres tampoco, pues no se ha de hacer informacion para recibir algun hábito honroso. A lo cual respondió Monipodio : Vos, hijo mio, estais en lo cierto, y es cosa muy acertada encubrir eso que decís, porque si la suerte no corriere como debe, no es bien que quede asentado debajo de signó de escribano ni en el libro de las entradas: fulano, hijo de fulano, vecino de tal parte, tal dia le ahorcaron, ó le azotaron, ó otra cosa semejante, que por lo ménos suena mal á los buenos oídos; y así torno á decir que es provechoso documento callar la patria, encubrir los padres y mudar los propios nombres, aunque para entre nosotros no ha de haber nada encubierto, y sólo ahora quiero saber los nombres de los dos. Rincon dijo el suyo, y Cortado tambien. Pues de aquí adelante, respondió Monipodio, quiero y es mi voluntad que vos, Rincon, os llameis Rinconete, y vos, Cortado, Cortadillo, que son nombres que asientan como de molde á vuestra

edad y á nuestras ordenanzas, debajo de las cuales cae tener necesidad de saber el nombre de los padres de nuestros cofrades, porque tenemos de costumbre de hacer decir cada año ciertas misas por las ánimas de nuestros difuntos y bienhechores, sacando el estupendo para la limosna de quien las dice de alguna parte de lo que se garbea, y estas tales misas, así dichas como pagadas, dicen que aprovechan á los tales ánimas por vía de naufragio : y caen debajo de nuestros bienhechores el procurador que nos defiende, el guro que nos avisa, el verdugo que nos tiene lástima, el que cuando alguno de nosotros va huyendo por la calle, y detras le van dando voces : al ladrón, al ladrón, deténganle, deténganle, uno se pone en medio y se opone al raudal de los que le siguen, diciendo : dejenle al cuitado, que harta mala ventura lleva, allá se lo haya, castíguele su pecado; son tambien bienhechoras nuestras las socorridas que de su sudor nos socorren, así en la treña como en las guras; y tambien lo son nuestros padres y madres que nos echan al mundo, y el escribano, que si anda de buena no hay delito que sea culpa, ni culpa á quien se dé mucha pena; y por todos éstos que he dicho hace nuestra hermandad cada año su adversario con la mayor popa y soledad que podemos.

Por cierto, dijo Rinconete (ya confirmado con este nombre), que es obra digna del altísimo y profundísimo ingenio que hemos oído decir que vuesa merced, señor Monipodio, tiene; pero nuestros padres aún gozan de la vida; si en ella les alcanzáremos, darémos luego noticia á esta felicísima y abonada confraternidad, para que por sus almas se les haga ese naufragio ó tormenta, ó ese adversario que vuesa merced dice, con la solemnidad y pompa acostumbrada, si ya no es que se hace con popa y soledad, como también apuntó vuesa merced en sus razones. Así se hará, ó no quedará de mí pedazo, replicó Monipodio: y llamando á la guía, le dijo: Ven acá, Ganchuelo; ¿están puestas las postas? Sí, dijo la guía, que Ganchuelo era su nombre; tres centinelas quedan avizorando, y no hay que temer que nos cojan de sobresalto. Volviendo, pues, á nuestro propósito, dijo Monipodio, quería saber, hijos, lo que sabéis, para daros el oficio y ejercicio conforme á vuestra inclinación y habilidad. Yo, respondió Rinconete, sé un poquito de floreo de villano; enténdeseme al reten: tengo buena vista para el humillo; juego bien de la sola, de las cuatro y de las ocho; no se me va por piés el raspadillo, berruguenta y el colmillo; éntrome por la boca de lobo como por mi casa, y atreveríame á ha-

cer un tercio de chanza mejor que un tercio de Nápoles, y á dar un astillazo al más pintado mejor que dos reales prestados. Principios son, dijo Monipodio; pero todas esas son flores de cantueso, viejas y tan usadas, que no hay principiante que no las sepa, y sólo sirven para alguno que sea tan blanco que deje matar de media noche abajo; pero andará el tiempo, y vernos hemos, que asentando sobre ese fundamento media docena de liciones, yo espero en Dios que habeis de salir oficial famoso, y aún quizá maestro. Todo se hará para servir á vuesa merced y á los señores cofrades, respondió Rinconete. Y vos, Cortadillo, ¿qué sabéis? preguntó Monipodio. Yo respondió Cortadillo, sé la treta que dicen mete dos y saca cinco, y sé dar tiento á una faldriquera con mucha puntualidad y destreza. ¿Sabéis más? No, por mis grandes pecados, respondió Cortadillo. No os aflijais; hijo, replicó Monipodio, que á puerto y á escuela habeis llegado, donde ni os anegaréis, ni dejaréis de salir muy bien aprovechado en todo aquello que más os conviniere; y en esto del animó, ¿como os va, hijos? ¿Como nos ha de ir, respondió Rinconete, sino muy bien? Animo tenemos para acometer cualquiera empresa de las que tocaren á nuestro arte y ejercicio. Está bien, replicó Monipodio; pero

querria yo tambien que le tuviédes para sufrir, si fuese menester, media docena de ánsias sin desplegar los labios y sin decir esta boca es mia. Ya sabemos aquí, dijo Cortadillo, señor Monipodio, qué quiere decir ánsias, y para todo tenemos ánimos porque no somos tan ignorantes que no se nos alcance que lo que dice la lengua paga la gorja, y harta merced le hace el cielo al hombre atrevido, por no darle otro título que le deja en su lengua su vida ó su muerte, como si tuviese más letras un no que un sí. Alto, no es menester más, dijo á esta sazón Monipodio: digo que sola esta razón me convence, me obliga, me persuade y me fuerza á que desde luego asenteis por cofrades mayores, y que se os sobreleve el año del noviciado. Yo soy dese parecer, dijo uno de los bravos, y á una voz lo confirmaron, todos los presentes, que toda la plática habian estado escuchando; y pidieron á Monipodio que desde luego les concediese y permitiese gozar de las inmunidades de su cofradía, porque su presencia, agradable y su buena plática lo merecía todo; él respondió que por dallos contento á todos desde aquel punto se las concedía, advirtiéndoles que las estimasen en mucho, porque era no pagar media anata del primer hurto que hiciesen; no hacer oficios menores on todo aquel año, conviene á sa-

ber, no llevar recaudo de ningun hermano mayor á la cárcel ni á la casa de parte de sus contribuyentes; piar el turco puro; hacer banquete cuando, como y adonde quisieren sin pedir licencia á su mayoral; entrar á la parte desde luego con lo que entrujasen los hermanos mayores como uno dellos, y otras cosas que ellos tuvieron por merced señaladisima, y los demas con palabras muy comedidas las agradecieron mucho. Estando en esto, entró un muchacho corriendo y desalentado, y dijo: El alguacil de los vagamundos viene encaminado á esta casa; pero no trae consigo gurullada. Nadie se alborote, dijo Monipodio, que es amigo, y nunca viene por nuestro daño; sosiéguese, que yo le saldré á hablar. Todos se sosegaron, que ya estaban algo sobresaltados y Monipodio salió á la puerta, donde halló al alguacil con el cual estuvo hablando un rato, y luego volvió á entrar Monipodio, y preguntó: ¿A quién le cupo hoy la plaza de San Salvador? A mí, dijo el de la guía. Pues ¿cómo, dijo Monipodio, no se me ha manifestado una bolsilla de ámbar que esta mañana en aquel mismo paraje dió al traste con quince escudos de oro y dos reales de á dos, y no sé cuantos cuartos? Verdad es, dijo la guía, que hoy faltó esa bolsa; pero yo no la he tomado, ni puedo imaginar quién la tomase. No hay le

vas conmigo, replicó Monipodio; la bolsa ha de parecer, porque la pide el alguacil, que es amigo, y nos hace mil placeres al año: tornó á jurar el mozo que no sabia della; comenzóse á encolerizar Monipodio de manera, que parecia que fuego vivo lanzaba por los ojos, diciendo: Nadie se burle con quebrantar la mas minima cosa de nuestra orden, que le costará lá vida; manifiéstese la cica, y si se encubre por no pagar los derechos, yo le daré enteramente lo que le toca, y pondré lo demas de mi casa, porque en todas maneras ha de ir contento el alguacil: tornó de nuevo á jurar el mozo y á maldecirse, diciendo que él no habio tomado tal bolsa, ni vistola de sus ojos: todo lo cual fue poner más fuego á la cólera de Monipodio, y dar ocasion á que toda la junta se alborotase, viendo que se rompian sus es estatutos y buenas ordenanzas. Viendo Rinconete, pues tanta disension y alboroto, parecióle que seria bien sosegalle y dar contento á su mayor, que reventaba de rabia, y aconsejándose con su amigo Cortadillo, con parecer de entrambos sacó la bolsa del sacristan, y dijo: Cese toda cuestion, mis señores que ésta es la bolsa, sin faltarle nada de lo que el alguacil manifiesta, que hoy mi camarada Cortadillo le dió alcance con un pañuelo que al mismo dueño se le quitó por añadi-

dura: luégo sacó Cortadillo el pañuelo y lo puso de manifiesto. Viendo lo cual Monipodio, dijo: Cortadillo el bueno (que con este título y renombre ha de quedar de aquí adelante) se quede con el pañuelo, y á mi cuenta se queda la satisfaccion deste servicio, y la bolsa se ha de llevar el alguacil, que es de un sacristan pariente suyo, y conviene que se cumpla aquel refran que dice: no es mucho que á quien te da la gallina entrera, tú des una pierna della; más disimula este buen alguacil en un día que nosotros le podemos ni solemos dar en ciento. De comun consentimiento aprobaron todos la hidalguia de los dos modernos, y la sentencia y parecer de su mayoral, el cual salió á dar la bolsa al alguacil, y Cortadillo se quedó confirmado con el renombre de bueno, bien como si fuera D. Alonso Perez de Guzman el Bueno, que arrojó el cuchillo por los muros de Tarifa para degollar á su único hijo.

Al volver que volvió Monipodio, entraron con él dos mozas, afeitados los rostros, llenos de color los labios y de albayalde los pechos, cubiertas con medios mantos de anascote, llenas de desenfado y desvergüenza; señales claras por donde en viéndolas Rinconete y Cortadillo conocieron que eran de la casa llana, y no se engañaron en nada; y así como entraron se fue-



ron con los brazos abiertos la una á Chiquiznaque y la otra á Maniferro, que éstos eran los nombres de los dos bravos; y el de Maniferro era porque traía una mano de hierro en lugar de otra que le habian cortado por justicia : ellos las abrazaron con grande regocijo, y les preguntaron si traían algo con que mojar la canal maestra. Pues ¿habia de faltar, diestro mio? respondió la una, que se llamaba la Gananciosa ; no tardará mucho á venir Silbatillo tu trainel con la canasta de colar atestada de lo que Dios ha sido servido; y así fué verdad, porque al instante entró un muchacho con una canasta de colar cubierta con una sábana. Alegráronse todos con la entrada de Silbato, y al momento mandó sacar Monipodio una de las esteras de enea que estaban en el aposento y tenderla en medio del patio ; y ordenó asimismo que todos se sentasen á la redonda, porque en cortando la cólera se trataría de lo que más conviniese. A esto dijo la vieja que habia rezado á la imágen : Hijo Monipodio, yo no estoy para fiestas, porque tengo un vaguido de cabeza dos dias ha que me trae loca, y más, que antes que sea mediodia tengo de ir á cumplir mis devociones, y poner mis candelicas á nuestra Señora de las Aguas, y al santo Crucifijo de santo Agustin, que no lo dejaria de ha-

cer si nevase y ventiscase : á lo que he venido es que anoche el Renegado y Centopíes llevaron á mi casa una canasta de colar algo mayor que la presente, llena de ropa blanca, y en Dios y en mi ánima que venía con su eernada y todo, que los pobres no debieron de tener lugar de quitalla, y venian sudando la gota tan gorda, que era una compasion verlos enirar jadeando y corriendo agua de sus rostros que parecian unos angelicos : dijéronme que iban en seguimiento de un ganadero que habia pesado ciertos carneros en la carnicería, por ver si le podian dar un tiento en un grandísimo gato de reales que llevaba : no desembanastaron ni contaron la ropa, fados en la entereza de mi conciencia, y así me cumpia Dios mis buenos deseos y nos libre á todos de poder de justicia, que no he tocado la canasta y que se está tan entera como cuando nació. Todo se le cree, señora madre, respondió Monipodio, y estése así la canasta, que yo iré allá á boca de sorna, y haré cala y cata de lo que tiene, y daré á cada uno lo que le tocare, bien y fielmente, como tengo de costumbre. Sea como vos lo ordenáredes, hijo, respondió la vieja, y porque se me hace tarde, dadme un traguillo si tenéis, para consolar este estómago, que tan desmayado anda de continuo. Y ¿qué tal lo

beberéis, madre mía? dijo á esta sazón la Escalanta, que así se llamaba la compañera de la Gananciosa: y descubriendo la canasta, se manifestó una bota á modo de cuero, con hasta dos arrobas de vino, y un corcho que podria caber sosegadamente y sin apremio hasta una azumbre, y llevándole la Escalanta, se le puso en las manos á la devotísima vieja, la cual, tomándole con ambas manos, y habiéndole soplando un poco de espuma, dijo: Mucho echaste hija Escalanta, pero Dios dará fuerzas para todo; y aplicándosele á los labios, de un firon y sin tomar aliento lo trasegó del corcho al estómago, y acabó diciendo: De Guadalcanal es y áun tiene un es no es de yeso el señorico; Dios te consuele, hija, que así me has consolado, sino que temo que me ha de hacer mal, porque no me he desayunado: no hará, madre, respondió Monipodio, porque es trasañejo. Así lo espero yo en la Virgen, respondió la vieja, y añadió: mirad niñas, si teneis acaso algun cuarto para comprar las candelicas de mi devocion, porque con la priesa y gana que tenía de venir á traer las nuevas de la canasta, se me olvidó en casa la escarcela. Yo sí tengo, señora Pipota, que éste era el nombre de la buena vieja, respondió la Gananciosa; tome, ahí le doy dos cuartos; del uno le ruego que compre una para mí, y se la ponga al señor S. Miguel, y

si puede comprar dos, ponga la otra al señor S. Blas, que son mis abogados: quisiera que pusiera otra á la señora Sta. Lucia (que por lo de los ojos tambien la tengo devocion), pero no tengo trocado; mas otro dia habrá donde se cumpla con todo. Muy bien harás, hija, y mira no seas miserable, que es de mucha importancia llevar la persona las candelas delante de sí ántes que se muera, y no aguardar á que las pongan los herederos ó albaceas. Rien dice la madre Pipota, dijo la Escalanta, y echando mano á la bolsa, le dió otro cuarto, y le encargó que pusiese otras dos candelicas á los santos que á ella le pareciesen que eran de los más aprovechados y agradecidos. Con esto se fué la Pipota, diciéndoles: Holgaos, hijos, ahora que teneis tiempo; que vendrá la vejez y lloraeis en ella los ratos que perdisteis en la mocedad como lo yos lloro, y encomendadme á Dios en vuestras oraciones, que yo voy á hacer lo mismo por mí y por vosotros por que él nos libre y conserve en nuestro trato peligroso, sin sobresaltos de justicia; y con esto se fué. Ida la vieja, se sentaron todos alrededor de la estera. y la Gananciosa tendió la sábana por manteles; y lo primero que sacó de la cesta fué un gran haz de rábanos y hasta dos docenas de naranjas y limones, y luégo una cazuela grande llena de tajadas de bacallao frito; mani-

festó luego medio queso de Flándes, y una olla de famosas aceitunas, y un plato de camarones, y gran cantidad de candrejos con su llamativo de alcaparones ahogados en pimientos, y tres hogozas blanquísimas de Gandul: serian los del almuerzo hasta catorce y ninguno dellos dejó de sacar su cuchillo de cachas amarillas, si no fué Rinconete, que sacó su media espada: á los dos viejos de bayeta y á la guía tocó escanciar con el corcho de colmena. Mas apénas habian comenzado á dar asalto á las naranjas, cuando les dió á tocos gran sobresalto los golpes que dieron á la puerta. Mandóles Monipodio que se sosesasen, y entrando en la sala baja y descolgando un broquel, puesto mano á la espada, llegó á la puerta, y con voz hueca y espantosa preguntó: ¿Quién llama? Respondieron de fuera; Yo soy, que no es nadie, señor Manipodio: Tagarote soy, centinela desta mañana, y vengo á decir que viene aquí Juliána la Cariharta, toda desgreñada y llorosa, que parece haberle sucedido algun desastre. En esto llegó la que decia, sollozando, y sintiéndola Monipodio, abrió la puerta, y mandó á Tagarote que se volviése á su posta, y que de allí adelante avisase lo que viesse con ménos estruendo y ruido; él dijo que así lo haria. Entró la Cariharta, que era una moza del jaez de las otras y del mismo oficio: venia descabellada,

y la cara llena de telondres, y así como entró en el patio, se cayó en el suelo desmayada: acudieron á socorrerla la Gananciosa y la Escalanta, y desabrochándola el pecho la hallaron toda denegrida y como magullada. Echáronle agua en el rostro, y ella volvió en sí diciendo á voces: La justicia de Dios y del Rey venga sobre aquel ladron desuellearas, sobre aquel cobarde bajamanero, sobre aquel picaro lendroso, que le he quitado más veces de la horca que tiene pelos en las barbas: desdichada de mí mirad por quien he perdido y gastado mi mocedad, y la flor de mis años, sino por un bellaco desalmado facineroso é incorregible. Sosígate, Cariharta, dijo á esta sazon Monipodio que aquí está y yo que te haré justicia, cuéntanos tu agravio, que más estarás tú en contarle que yo en hacerte vengada; dime si has habido algo con tu respecto; que si así es, y quieres venganza, no has menester más que boquear. ¿Qué respecto? respondió Juliána: respetada me vea yo en los infiernos, si más lo fuere de aquel leon con las ovejas, y cordero con los hombres: ¿con aquel habia yo de comer más pan á manteles, ni yacer en uno? primero me vea yo comida de adivas estas carnes, que me ha parado de la manera que agora veréis; y alzandose al instante las faldas hasta la rodilla y aun un poco más, las descubrió llenas de cardenales; desta mane